

CRÓNICAS, VIAJES Y EL YO/OJO DEL HISTORIADOR

Chronicles, Travels, and the I/Eye of the Historian

CRISTIAN BRATU

Universidad Baylor, Estados Unidos

Cristian_Bratu@baylor.edu

Resumen

Este artículo analiza el surgimiento tanto de narrativas de viajes como del personaje del narrador itinerante en la literatura medieval francesa. Con demasiada frecuencia, los estudios existentes sobre este tema se centran en importantes (y de alguna manera predecibles) hitos de la literatura de viajes, como Marco Polo y Juan de Mandeville, como si estos textos fueran productos aislados, y generalmente no logran valorar el surgimiento gradual de un discurso de viaje en distintos tipos de textos medievales franceses. Esta es una primera laguna académica que la presente contribución intenta cubrir mediante la discusión alrededor del surgimiento de la literatura de viajes francesa desde una perspectiva diacrónica y sincrónica. En segundo lugar, este artículo contribuye a la creciente (aunque todavía relativamente escasa) literatura secundaria centrada en los personajes literarios de los escritores medievales itinerantes. Este estudio también muestra que la historia y la escritura de viajes son “géneros” relacionados en la literatura medieval francesa y sostiene que los relatos de viajes de testigos oculares en francés (a diferencia de los míticos o místicos) surgieron dentro de la escritura de historia de los cruzados.

Palabras clave escritura de viajes - escritura de Historia - escritura testimonial - personaje del narrador

Summary

This article analyzes the emergence of both travel narratives and an itinerant narrator persona in French medieval literature. Far too often, the existing studies on this topic focus on major – and somewhat predictable – milestones of travel literature, such as Marco Polo and John of Mandeville, as if these texts were isolated

products, and generally fail to assess the gradual emergence of a travel discourse in various types of French medieval texts. This is the first scholarly lacuna that this contribution attempts to fill by discussing the emergence of French travel literature from a diachronic and synchronic perspective. Secondly, this article contributes to the growing (but still relatively scarce) secondary literature focusing on the literary personæ of itinerant medieval writers. This study also shows that history and travel writing are related “genres” in French medieval literature and contends that eyewitness (as opposed to mythical or mystical) travel accounts in French emerged within crusader history-writing.

Keywords travel writing - History writing - testimonial writing - narrator persona

En su estudio clásico titulado *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Jean Richard identificó siete tipos principales de escritura de viajes: guías para peregrinos, narrativas de peregrinación, narrativas de cruzados, informes de embajadas y misiones, narrativas de exploradores y aventureros, guías para comerciantes y escritos redactados por viajeros imaginarios (Richard, 1996: 15-36; ver también Rubio Tovar, 1986: 30-35). El enfoque tipológico de Richard tiene un excelente complemento en *Le discours du voyageur* de Friedrich Wolfzettel (1996), publicado el mismo año que la obra de Richard. Basándose en los estudios de Richard y Wolfzettel, así como en los trabajos de otros académicos (entre otros, Roux, 1961; Rubio Tovar, 1986; André y Baslez, 1993; Allen, 2004; Balestracci, 2008; Chareyron, 2013; Coulon y Gadrat-Ouerfelli, 2017; Legassie, 2017; Svátek, 2021), este artículo analizará el surgimiento tanto de narrativas de viajes como de un personaje narrador itinerante en la literatura medieval francesa.

Una de las preocupaciones que suscita la literatura secundaria existente sobre este tema es la ausencia de un esfuerzo sólido para comprender el surgimiento de la literatura de viajes francesa desde una perspectiva diacrónica y sincrónica. Con demasiada frecuencia, la literatura existente se centra en hitos importantes –y algo predecibles– de las narrativas de viajes, como Marco Polo y Juan de Mandeville, como si estos textos fueran productos aislados, y generalmente no logra valorar el surgimiento gradual de un discurso de viajes en distintos tipos de textos medievales franceses. Esta es la primera laguna académica que este ensayo intenta cubrir tanto como sea posible dentro de los límites de espacio establecidos para esta tarea.

En segundo lugar, este artículo intenta contribuir al creciente (aunque escaso) corpus de literatura secundaria centrada en los personajes literarios de los escritores medievales itinerantes. Es importante recordar que el interés académico por las autorrepresentaciones autorales es un fenómeno relativamente reciente. Décadas atrás, siguiendo los pasos de Barthes (1968) y Foucault (1994: 789), eminentes medievalistas como Paul Zumthor (1972; 1975: 165-180) y otros (Cerquiglini, 1989) se mostraron inicialmente reacios a participar en

debates sobre el autor medieval, hasta cierto punto con razón. Si bien es cierto que la autoría medieval es esencialmente diferente de la moderna, dada la participación de los escribas en la producción del texto, la constante *mouvance* de los manuscritos medievales (Zumthor, 1972: 72-73), el papel desempeñado por la oralidad en la creación y la transmisión de diversos textos, y muchos otros factores, sería sin embargo erróneo afirmar que la noción de autoría no tiene lugar alguno en los estudios medievales. En las últimas décadas, varios académicos han reconsiderado este concepto fundamental dentro de diversos contextos geográficos y cronológicos (Zink, 1985; Contat, 1991; Burke, 1992; Couturier, 1995; Kimmelman, 1996; Oster, 1997; Jannidis, 1999; Calame y Chartier, 2004; Bennett, 2005; Spearing, 2005; Greene, 2006; Aurell, 2012; Diu y Parinet, 2013; Bratu, 2019).¹ Dentro del campo más amplio de los estudios sobre autoría medieval, existen de hecho varios artículos y volúmenes recientes dedicados a distintos viajeros individuales, pero los intentos de evaluar el personaje del escritor itinerante medieval de forma diacrónica y a nivel teórico son todavía relativamente escasos (Chareyron 2013; Coulon y Gadrat-Ouerfelli, 2017; Legassie, 2017; Svátek, 2021), y esta es la segunda área académica a la cual este artículo intenta contribuir.

Como puede imaginarse, las referencias a los viajes aparecen en innumerables textos medievales franceses, desde poesía hasta textos religiosos e históricos. Los poemas de los trovadores a menudo hacen referencia a viajes, ya que muchos cruzados como Giraut de Bornelh, Conon de Béthune, Teobaldo de Champaña y Felipe de Novara, por nombrar sólo algunos, también fueron poetas. Este trabajo se centrará principalmente en las referencias a viajes en textos épicos e históricos selectos porque este tipo de literatura se centra en gran medida en las cruzadas, un período que varios escritores intentaron captar, como veremos en breve, a través del doble lente de la escritura de la Historia y de la escritura de viajes. Téngase en cuenta también que en este trabajo me centraré en la fase inicial de la escritura de viajes en francés.² Discutiré brevemente los desarrollos tardomedievales, pero estos últimos merecerían claramente analizarse por separado en un estudio posterior.

Referencias a viajes en la narrativa francesa temprana

Aunque los textos franceses tempranos abundan en referencias a viajes, muchas de ellas son notablemente breves. De hecho, muchos de los textos franceses tempranos aluden a viajes

¹ Para una discusión en profundidad sobre este tema, véase Bratu (2019: 45-62).

² Como todos los corpus, se espera que el conjunto de textos literarios analizados aquí sea suficiente para los propósitos de este artículo, pero dadas las limitaciones de espacio, no es posible que esté completo. Un estudio ideal incluiría muchos otros textos, como *Le Voyage de Charlemagne* (1965), *Le Bâtard de Bouillon* (1972), *Saladin* (1972), la traducción francesa de la *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum* de Guillermo de Tiro, por Ernoul y Bernard le Trésorier (1871), *L'estoire de la guerre sainte* (2014) y muchos otros. Esperamos llenar estas lagunas en un futuro estudio más amplio sobre este tema.

en lugar de describirlos. La propia palabra “viaje” aparece ya en el *Cantar de Roldán*, verso 660, donde el traicionero Ganelón, después de hablar con el rey sarraceno Marsil, monta su caballo y se embarca en un viaje (“Pois est munted, entret en sun veiage”, *Cantar de Roldán*, 2003: 126). Dicho esto, sus viajes no se describen con ningún detalle. Este es el caso de muchos otros textos del siglo XII escritos en francés antiguo. Por ejemplo, muchos de los primeros textos que se centran en las cruzadas, que obviamente generaron un aumento significativo en la cantidad de viajes desde Europa a Medio Oriente y viceversa, son bastante tímidos cuando se trata de describir los lugares encontrados por los ejércitos cruzados. Tomemos, por ejemplo, la *Chanson d'Antioche*, un cantar de gesta del último cuarto del siglo XII que consta de 9.000 versos alejandrinos y que se centra en la primera cruzada, particularmente en la conquista de Antioquía y Jerusalén. Cuando Pedro el Ermitaño viaja de Francia a Tierra Santa, presenta un resumen de sus viajes, pero ninguna descripción de los lugares antes mencionados:

Il monta sor .I. asne, prist eskerpe et bordon,
Droit al mostier Saint Piere a fait s'orison.
Puis en vait a Barlet avoec ses compaignons,
La mer passa a bac a guise de baron,
Les Turs, les Sarrasins passa il a laron,
Vint en Jherusalem par Deu Anuntion.
(*Chanson d'Antioche*, 2011: 208, vv. 272-277)

El narrador simplemente dice que montó en un asno después de tomar su bolsa y su cayado de peregrino, luego arribó y rezó en la basílica de San Pedro, fue a Barletta con sus compañeros y desde allí cruzó el mar en un barco, “como un barón”, evitando a los turcos y sarracenos en el camino, y luego llegó a Jerusalén. Su viaje de regreso a Roma y los subsiguientes se narran de manera igualmente sucinta (211, vv. 321-326). Lo mismo puede decirse de los viajes de Pedro y sus compañeros a Constantinopla:

Passent Puille et Calabre, terre de Romenie,
Tresqu'en Constantinoble n'i ot regne guencie.
Passent le Brac-Saint-Jorge a petit de navie;
Tant vont par lor jornees qu'il ont Nique coisie,
Le pui del Civetot qui vers le ciel ombrie,
Ki defors Nike siet mains de liue et demie.
(216, vv. 382-387)

Estos versos son esencialmente una lista de lugares: Apulia, Calabria, el Imperio Bizantino, Constantinopla, el Bósforo, Nicea y finalmente Civetot, ciudad que, según nos dicen, se encuentra a menos de legua y media de Nicea. Esta muy breve nota geográfica es el único elemento cuasidescriptivo en este pasaje. En la edición de Paulin Paris de la *Chanson*

d'Antioche, después del Concilio de Clermont y el llamado a las armas del papa, los cruzados atraviesan rápidamente Francia y Alemania, Lombardía y la campiña romana en su camino hacia Tierra Santa (“Passent isnelèment et France et Alemaigne,/ Et Lombardie et Rome et toute sa Campaigne”, *Chanson d'Antioche*, 1848: I, 67, capítulo XXXIX). La palabra “isnelèment” (“rápidamente”) es emblemática de la forma en que el narrador “describe” el viaje: a toda velocidad, como los caballeros medievales habrían percibido el paisaje desde la montura de sus caballos. Cuando los viajeros medievales desmontaron, seguramente notaron cosas, como muros, mazmorras y, a veces, mezquitas (“Tant que virent de Nique le mur et le donjon/ Et les mahomeries u ierent li felon”, *Chanson d'Antioche*, 1848: I, 276, vv. 1150-1151). Pero aquí también tenemos esencialmente una lista de edificaciones que se ven a lo largo del camino, lo que transmite un sentido mínimo de viaje.

De hecho, hay una sensación de dinamismo en tales narraciones (o al menos en ciertas secciones) pero poca profundidad o volumen descriptivos en los lugares que el narrador menciona, generalmente de pasada. Esto es lo que se podría llamar, tomando prestada una frase acuñada por Roland Barthes (1953), el *degré zéro* de la literatura de viajes. Pascal Péron (2008) en su estudio centrado en el ciclo de las cruzadas también ha señalado la altamente esquemática representación del espacio. El análisis de Péron se centra en los tres aspectos esenciales de la representación del espacio en estos textos: los topónimos (muchos de ellos aparecen a menudo en forma de listas o itinerarios, como se indicó), los espacios sagrados y lo que él llama “espacios heroicos”. Estos fueron, de hecho, los tres principales aspectos de la geografía mental de los cruzados: nombres de lugares que los ayudaron a orientar en su *peregrinatio*, espacios sagrados (iglesias, Jerusalén y otros sitios en Tierra Santa), que constituían los destinos o lugares de renovación espiritual, y lugares de batalla, pero nuevamente, las descripciones de lugares y personas casi nunca tienen profundidad.

Encontramos una situación similar en las otras canciones del ciclo de las cruzadas, como la *Chanson des Chétifs* y la *Chanson de Jérusalem*.³ Mientras que la *Chanson d'Antioche* narra los acontecimientos desde la predicación de la cruzada hasta la batalla de Antioquía, la *Chanson des Chétifs*, que puede considerarse una secuela de la *Chanson d'Antioche*, se centra en un grupo de personajes tomados cautivos (“chétif” en francés antiguo) después de que el ejército de Pedro el Ermitaño fuera derrotado en Civetot, y los tratos de los *chétifs* con su vencedor, el líder sarraceno Corbalán. La *Chanson de Jérusalem* constituye la conclusión triunfal del ciclo, ya que comienza con el regreso de los *chétifs* y su marcha a Jerusalén, seguida de la caída de Jerusalén, la batalla de Ascalón y la victoria final de los ejércitos

³ Se puede encontrar una descripción y un análisis más completos de los componentes del ciclo de las cruzadas en la introducción de Carol Sweetenham (capítulo 3) a la *Chanson des Chétifs* y la *Chanson de Jérusalem* (*The Chanson des Chétifs and Chanson de Jérusalem*, 2016: 35-37). También existen varios estudios útiles sobre la literatura de las cruzadas (Trotter, 1988; Bale, 2018; Parsons y Paterson, 2018).

cristianos. En el primer canto, los caballeros pasan rápidamente por varios puntos de referencia de Jerusalén, como la Torre de David, la Puerta de San Esteban y el Cementerio del León (“Virent la tor David, le temple et le donjon,/ La porte saint Esteule, le carnier de lion”, *Conquête de Jérusalem*, 1868: 4, vv. 15-16). Sin embargo, el narrador anónimo nos cuenta más sobre la reacción de los barones al ver Jerusalén que sobre el sitio en sí:

Vencidos por la emoción, se inclinaron ante la vista de Jerusalén. Podéis imaginar la tormenta de llanto, las lágrimas corriendo por los rostros y las barbillas. ¡Por Dios! Imaginaos a todos esos nobles señores mordiendo y besando las piedras y la tierra que los rodeaban, hablando entre ellos y diciendo: “Jesús, que sufrió por nosotros, pasó por aquí con sus Apóstoles y todos sus compañeros. Ha sido nuestra fortuna haber sufrido tanto por los ataques, el hambre, la sed y la miseria, el viento y las tormentas, la nieve y el hielo; por fin podemos ver la ciudad donde Dios sufrió y murió por nuestra salvación”. Luego cada uno subió a la montura de su caballo y reunió ganado de las tierras circundantes. Cabalgaron sin detenerse desde el valle de Josafat hasta el monte Sión y tan lejos como el estanque de Siloé. Había una empinada colina más allá de Betania donde Dios alzó el cadáver de San Lázaro. (*Chanson de Jérusalem*, 2016: 174-175).

Aquí tenemos algunos destellos de Jerusalén, pero los lectores aún sentirán, como en los ejemplos ya discutidos, que los ojos del narrador se mueven rápidamente sobre el paisaje, a velocidad de galope. Sin embargo, más adelante en el texto vemos a Pedro el Ermitaño mostrando Jerusalén a los barones desde lo alto del Monte de Caifás. Aquí hay un extenso fragmento que muestra cuántos más detalles descriptivos contiene este pasaje, en comparación con las mínimas descripciones ya discutidas:

El Señor Pedro el Ermitaño montó en su asno, llevando consigo a los señores y príncipes y nobleza a quienes era leal; subieron al Monte de Caifás. Pedro el Ermitaño contemplaba la ciudad. Se dirigió a los señores y príncipes de la siguiente manera: “Ya he estado dentro de esta ciudad santa, nobles señores. Podéis ver el Monte de los Olivos, donde Jesús pidió una burra y su pollino cuando lo llevaron allí. Podéis ver la Puerta Dorada por la que Jesús entró en Jerusalén, cuando el pueblo se quitaba los mantos de piel para que Él pudiera pasar sobre ellos. Los niños judíos *esparcieron por el camino* ramas de olivo y de *palma*. La ciudad lloró y el suelo cedió bajo Sus pies, para nunca más levantarse. Podéis ver el Pretorio donde fue juzgado y Judas lo vendió pidiendo sólo 30 *denarios* antes de colgarse. Podéis ver el madero al que fue atado, azotado y golpeado. He visto el Monte Calvario donde fue conducido el día en que fue crucificado cuando Longino lo golpeó, atravesando Su costado de modo que la sangre corrió sobre el Gólgota. Podéis ver el Sepulcro al que fue José. Aquel noble señor preguntó por [el cuerpo d]el Señor; le había servido durante siete años y esa era la única recompensa que buscaba; ¡qué rica recompensa recibió! Y podéis ver el santo Templo fundado por el rey Salomón, donde habían ido los apóstoles cuando Dios los consoló diciendo “Pax vobiscum” y les dio iluminación. Podéis ver la casa donde les habló en noventa idiomas que les enseñó. Podéis ver el Monte Sión, donde la madre de Jesucristo fue llevada al Cielo cuando llegó su hora de morir. Y aquí podéis ver Josafat donde la llevaron; su tumba está allí donde yació. (174-175)

Este es un fragmento notablemente interesante por varias razones. Hay muchos elementos narrativos entrelazados en este pasaje, ya que la descripción también sirve para recordar a los lectores los principales acontecimientos de la vida de Cristo y, desde un punto de vista intradieгético, para animar a los barones a luchar valientemente. Contiene elementos que recuerdan a una guía de peregrinos, pero también afirma ser el resultado de las visitas del propio Pedro el Ermitaño a Jerusalén. Naturalmente, Pedro el Ermitaño no fue el autor de este pasaje, pero las referencias a los diferentes lugares de Jerusalén mencionados aquí parecen provenir de las experiencias de los cruzados en la ciudad más santa de Tierra Santa. Aunque esta no es la narración real del viaje de un personaje histórico, está bastante claro que en este pasaje encontramos una descripción mucho más elaborada y realista de un sitio efectivo que lo que habíamos encontrado en otros textos.

También cabe señalar que los textos mencionados no son el único tipo de narrativa de viajes que existe en la literatura francesa antigua. Las *romans antiques* del siglo XII, por ejemplo, a menudo muestran a héroes griegos y romanos antiguos viajando a lugares que habrían parecido exóticos al público occidental y que el narrador suele describir con cierto detalle. Al comienzo del *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-Maure, por ejemplo, el autor describe la construcción del barco Argo, que lleva el nombre de su diseñador, Argus (vv. 960-967), y luego a Jasón y los argonautas zarpano hacia Troya:

El viento soplaba desde tierra y arrastraba el barco rápidamente lejos del puerto. Izaron la vela en el mástil. Tenían una brisa buena y favorable, así que zarparon a través del vasto mar. Avanzaron a toda vela de modo que, antes de una semana, llegaron al puerto de Troya, plenos de gran alegría y felicidad. Sé con certeza que el barco atracó en el puerto del río Simois. (*Roman de Troie*, 2017: 57-58)⁴

Vale la pena señalar que Benoît de Sainte-Maure, un autor del siglo XII que no estuvo presente personalmente en estos hechos, dice que “sabe con certeza” dónde fue atracado el barco, casi como si sugiriera que fue testigo ocular. No llega a insinuar que haya viajado físicamente a Troya, pero en un momento Benoît de Sainte-Maure sí compara su arduo trabajo con la navegación (“Sin embargo, no tengo la libertad de detenerme aquí. Todavía tengo un largo camino por recorrer, porque todavía estoy en alta mar”, 225, vv. 14942-14944). De forma asaz interesante, Benoît utiliza esta metáfora marítima al final de una larga descripción de la Cámara de las Bellezas de Alabastro, lo que constituye una extensa y elaborada digresión que brinda al lector un breve respiro de la narrativa de la Guerra de Troya. Leamos un breve fragmento de esta descripción que, en el original, se extiende a lo largo de varios cientos de versos (14631-14958):

⁴ El texto de Benoît fue adaptado y traducido al español en 1350 y conocido como *Crónica troyana de Alfonso XI*. El manuscrito se encuentra en la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, h.I.6.

En la Cámara de Alabastro, que resplandecía con oro de Arabia, había doce gemas preciosas que Dios había seleccionado como las más hermosas cuando las llamó piedras preciosas. Eran zafiro, ágata roja, topacio, prasio, crisólito, esmeralda, berilo, amatista, jaspe, rubí, sardonía costosa, carbunclo brillante y calcedonia. Estas piedras estaban presentes en abundancia a lo largo y ancho de la Cámara. Allí no se necesitaba ninguna otra luz, porque el más hermoso día de verano no brillaba con tanta intensidad ni de esa manera como lo hacía la Cámara en la oscuridad de la noche. Las ventanas eran de prasio verde, ágata y buena almandina y sus marcos de oro grabado de Arabia. (221, vv. 14631-14650).

Otro tipo de narrativa de viaje del siglo XII que analizaré aquí es el *Viaje de San Brandán* de Benedeit, escrito entre 1100 y 1135, basado en la más temprana *Navigatio sancti Brandani abbatis* (siglos VIII-IX) y relata la historia de San Brandán el Navegante (nacido alrededor de 486, muerto alrededor de 575). El texto anglonormando cuenta que San Brandán, deseando ardientemente ver el Otro Mundo, eligió catorce compañeros y comenzó a prepararse para el viaje. Quizás sea sorprendente que Brandán parezca pensar que se puede llegar físicamente al Paraíso navegando hacia el oeste. Otros tres monjes llegaron y amenazaron con ahogarse a sí mismos si Brandán se negaba a aceptarlos como compañeros. Benedeit narra el inicio del viaje en los siguientes términos:

La brisa les llega del este
Lo que los lleva hacia el oeste.
Pierden todo de vista
Aparte del mar y las nubes.
Aunque hay viento favorable, no están ociosos
Sino que se esfuerzan mucho con el remo.
Y desean desafiar la fuerza de sus cuerpos.
Para ver aquello por lo que se alejan de su hogar.
(Benedeit, 2014: 83, vv. 211-218).

Posteriormente, vemos a Brandán y sus compañeros encontrar una ciudad deshabitada, la Isla de las Ovejas, un paraíso de aves y la Isla de Ailbe; luego luchan contra serpientes marinas, divisan un grifo, un dragón y otros monstruos marinos, antes de descubrir un Gran Pilar, la herrería del Infierno y una montaña cubierta de nieve, para finalmente llegar al Paraíso. El muro que rodea el Paraíso contiene muchas de las piedras preciosas (topacio, crisoprasa, jacinto, calcedonia, esmeralda, sardónice, jaspe y amatista) que Benoît de Sainte-Maure también menciona en su descripción de la Cámara de Alabastro.⁵ Al final de la historia, Brandán regresa a casa y fallece, alcanzando así espiritualmente el Paraíso, que había vislumbrado durante su viaje de siete años.

⁵ Sin embargo, en términos cronológicos, el texto de Benedeit precede en algunas décadas al *Roman de Troie* de Sainte-Maure. No sabemos si Sainte-Maure conocía la obra de Benedeit.

Por tanto, existen varios tipos de relatos de viajes en la literatura francesa antigua. Algunos, como señalé respecto del ciclo de las cruzadas, se basan en las experiencias de la vida real de los cruzados en Tierra Santa. Otros, como los *romans antiques* analizados, se centran en viajes a y descripciones de lugares antiguos, algunos de los cuales están representados en términos casi autópticos. La última categoría es la de los viajes místicos, como lo ejemplifica el *Viaje de San Brandán*. Es una cuestión de especulación si los lectores medievales habrían percibido o no estos textos como pertenecientes a categorías separadas, pero presumiblemente habrían notado que las últimas categorías describen un pasado relativamente remoto, mientras que la primera se centra en acontecimientos más recientes. En cualquier caso, en este punto del desarrollo de la literatura francesa, los relatos y las descripciones de viajes siguen siendo limitados tanto en términos de extensión como de profundidad. Por lo tanto, Friedrich Wolfzettel tiene razón al decir que gran parte del discurso sobre viajes en la Edad Media francesa, especialmente en sus primeras etapas, tiende a ser escaso (“discours pauvre”, Wolfzettel 1996: 7). Estas mínimas narrativas de viaje son, sin embargo, la base misma sobre la que se construye la literatura de viajes posterior, como veremos.

Personajes de narrador tempranos

La literatura de viajes no puede captarse plenamente cuando se analiza solo en términos de contenido (una historia centrada en el acto de viajar, un itinerario que involucra topónimos específicos y que suenan un tanto exóticos para los lectores esperados, narrativas de encuentros con gente de otras culturas, el descubrimiento de lugares y culturas nuevos o desconocidos, etc.). El otro componente importante de la literatura de viajes es la posición del narrador dentro de la narración y su autopoicionamiento respecto a la naturaleza de la misma. En el ciclo de las cruzadas, el narrador no se presenta explícitamente como un historiador testigo ocular que viajó físicamente a los sitios donde se desarrolla la acción. A menudo, el narrador de *geste* es anónimo y discreto y, como resultado, rara vez alude a su propio papel dentro de la narrativa. La única excepción importante en los textos analizados es Graindor de Douai, quien habría reelaborado el material preexistente sobre la primera cruzada, posiblemente heredado de Ricardo el Peregrino, y compilado en lo que ahora se conoce como la *Chanson d'Antioche*. Al comienzo del cantar, el narrador dice lo siguiente:

Señores, un poco de silencio por favor y menos ruido si queréis escuchar una canción sobre la gloria. [...] Permítanme asegurarles públicamente que nadie ha cantado una mejor –vayan a buscar una si quieren– sobre este tema: la Ciudad Santa (alabada sea sobre todas las cosas), donde Dios permitió que su cuerpo fuera castigado y torturado y golpeado por la Lanza y

herido y destrozado; Jerusalén a quienes le dan su nombre propio. Estos juglares modernos que andan cantándola han omitido el principio, pero Graindor de Douai –que nos ha puesto al día todos los versos– no tiene intención de olvidarlo. (*Chanson d'Antioche*, 2011: 101).⁶

Aunque Graindor se nombra a sí mismo en el texto (lo cual es bastante inusual para un cantar de gesta), no asume el papel de un historiador testigo que narra eventos que vio con sus propios ojos, muy probablemente porque no ha presenciado tales eventos. Como la mayoría de los narradores de *geste*, permite a sus lectores “ver” o imaginar los eventos sin decirnos quién fue testigo de los hechos. Dejando a un lado aspectos ficticios menores, gran parte de la información histórica contenida en la *Chanson d'Antioche* es relativamente correcta y está basada de manera inequívoca, al menos hasta cierto punto, en informes de testigos presenciales, aunque sigue sin estar claro quién proporcionó esos informes y cómo se reelaboraron en la *geste*. También es difícil identificar el tipo de narrador de la *chanson*. Graindor de Douai es bastante crítico con los *jongleurs*, pero ¿era uno de ellos? ¿O tal vez era un clérigo? Si tenemos en cuenta los complejos procesos involucrados en la creación de las *chansons de geste*, como la pluralidad de fuentes y “autores”, así como también la subsiguiente reelaboración del material, puede que no haya ninguna respuesta adecuada a esta pregunta.

Tenemos una situación ligeramente diferente en los textos que describen viajes míticos y místicos, como los *romans antiques* y el *Viaje de San Brandán*. Aunque hay muchos ejemplos de textos anónimos, como el *Roman d'Enéas* y el *Roman de Thèbes*, los autores de dichos textos generalmente son menos propensos a permanecer en el anonimato. Tras dedicar su obra a Adela de Lovaina, esposa del rey Enrique I de Inglaterra e hija del duque Godofredo VII de Lovaina, el autor del *Viaje de San Brandán* se presenta como el “misionero Dom Benedeit” (“Li apostoiles danz Benedeiz”, Benedeit, 2014: 64–65, v. 8). Benoît de Sainte-Maure es aún más locuaz acerca de sí mismo en el prólogo del *Roman de Troie*, en el que se retrata metafóricamente como un poeta-constructor:

Esta historia no se cuenta con demasiada frecuencia ni está ampliamente disponible. Todavía no se habría contado si Benoît de Sainte-Maure no la hubiera creado, compuesto y relatado, escribiéndola de su propia mano, dándole forma, puliéndola, organizándola y disponiéndola de manera que no se necesite ni más ni menos. (*Roman de Troie*, 2017: 44)

Téngase en cuenta el vocabulario mucho más elaborado que utiliza Benoît de Sainte-Maure para describir su obra poética, que pretendía diferenciarlo de otro tipo de poetas, como los *jongleurs*. Aquí, Benoît de Sainte-Maure hace todo lo que está a su alcance para sugerir que se trata de un poeta culto, posiblemente un clérigo. De hecho, la mayoría de

⁶ Para una discusión más detallada sobre la autoría del texto, consultar la introducción de Susan B. Edgington y Carol Sweetenham a *Chanson d'Antioche*, 2011: 3–26.

los textos pertenecientes a este segundo grupo de textos fueron compuestos por clérigos. Los escritores anglonormandos del siglo XII como Benedeit, Geoffrey Gaimar, Wace y Benoît de Sainte-Maure parecen haberse inspirado en sus modelos, latinos u otros, para afirmarse como historiadores clericales. Lejos de sentirse desalentados por el hecho de no haber sido testigos de los acontecimientos narrados en sus libros, estos historiadores de escritorio se enorgullecían de su conocimiento de sus fuentes y de sus habilidades literarias (Bratu 2019: 506-584). Las capacidades académicas y poéticas de los historiadores clericales son, por tanto, su principal medio para reclamar su *auctoritas* historiográfica, además de su proximidad ocasional (real o sugerida) a centros políticos de poder (como fue el caso de Benedeit y Adela de Lovaina, Wace y Enrique II de Inglaterra, etc.).

Dicho esto, no todos los historiadores clericales necesariamente alardeaban de sus habilidades literarias. Jordan Fantosme, otro conocido historiador anglonormando del siglo XII, fue un clérigo y probablemente canciller espiritual de la diócesis de Winchester. Su obra principal es una crónica en verso anglonormando de la guerra de 1173-1174 entre Enrique II de Inglaterra, por un lado, y su hijo Enrique el Joven Rey y Guillermo I de Escocia, por el otro. Nuestro historiador clerical no dice mucho sobre sí mismo o de sus habilidades en su libro, excepto que fue testigo personal de algunos de los eventos mencionados en su trabajo. En un punto crucial de la narrativa, Fantosme dice lo siguiente:

El rey de Escocia fue valiente, maravilloso y audaz,
Ante Alnwick se encontraba desarmado.
No relato una fábula como quien ha oído decir:
Pero como uno que estaba allí, y yo mismo lo vi.
(Fantosme, 1840: 81, vv. 1772-1775)

Unos versos más adelante, añade que el rey fue hecho prisionero y, para convencer aún más a la audiencia de la veracidad de su historia, añade: “Pronto fue apresado, con mis dos ojos lo vi,/ Por Ranulf de Glanville a quien se entregó” (83, vv. 1810-1811).

Así, a diferencia de otros historiadores clericales, Fantosme privilegia su condición de testigo ocular sobre su erudición. Se trata de un cambio trascendental en el desarrollo de la escritura histórica francesa, de cuyas consecuencias tal vez el propio Fantosme no era consciente. Si bien su narrativa no puede ni remotamente considerarse literatura de viajes, ya que está interesado en eventos y batallas más que en lugares, su personaje como historiador testigo ocular es una señal temprana del subsiguiente desarrollo de la literatura de viajes francesa. En Fantosme tenemos un narrador que no se esconde tras el velo del anonimato ni disfraza las fuentes de su narración, ya que él y sus propios ojos *son* la fuente misma de la narración.

La emergencia del escritor itinerante

El énfasis en el testimonio presencial (*autopsia*) del historiador francés comienza a devenir un aspecto clave de la autolegitimación historiográfica a finales del siglo XII con el clérigo Jordan Fantosme y continúa, con el énfasis añadido en los viajes a los sitios de los hechos narrados, con historiadores laicos como los caballeros cruzados Roberto de Clari y Geoffrey de Villehardouin a principios del siglo XIII. La *autopsia* es generalmente la piedra angular de la *auctoritas* de los historiadores laicos porque la mayoría de ellos no podían presumir de una educación clerical ni resaltar su estilo (al menos no en los albores de la escritura de historia francesa). También se podría adoptar una perspectiva ligeramente diferente sobre este asunto: quizás a los ojos de estos dos aristócratas, su *titre de noblesse* era más que suficiente, mientras que el título de “escritor” y la necesidad de exhibir habilidades literarias pueden haber parecido innecesarios. Después de todo, el principal propósito de los relatos de Villehardouin y Clari sobre la conquista de Constantinopla durante la cuarta cruzada era exaltar las proezas militares de estos dos caballeros y sus familiares, y no su talento literario.

La historiografía cruzada de testigos oculares insufla nueva vida –o más bien, un tipo diferente de vida– a la escritura de historia francesa, que hasta entonces era principalmente una historiografía de compilación. Como resultado, también hay un cambio en la autodescripción del historiador. Las autodescripciones clericales tendían a mostrar al historiador inspirándose en otros textos o leyéndolos. Por ejemplo, en el epílogo de su *Estoire des Engleis*, Geoffrey Gaimar nos brinda algunos breves detalles sobre cómo compuso su libro y cuánto tiempo le llevó completarlo: “Gaimar i mist marz et avril,/ e [après] tuz les dusze mais” (“Gaimar pasó marzo y abril escribiendo su libro,/ Y doce meses más después”, Gaimar, 2009: 348, vv. 64338–6439; véase Bratu, 2019: 525–534). Posteriormente, el autor narra cómo logró encontrar varios libros en latín e inglés de los que él tradujo largos fragmentos y los incorporó a su propio texto:

Il purchaça maint esamplaire,
Livres engleis, e par gramaire,
E en romanz e en latin;
ainz k'en p[e]üst traire a la fin.
(348, vv. 6441–6444)

Así, las “autografías” clericales del siglo XII tienden a ser estáticas (con muy pocas excepciones, como el pasaje del *Roman de Rou* en el que Wace describe su traslado de Caen a París para completar su educación y luego de regreso a Caen),⁷ mientras que las crónicas

⁷ En este breve pasaje autobiográfico, Wace explica cómo llegó a ser clérigo: nació en la isla de Jersey (“En l'isle de Gersui fui nez”) y de niño recibió su educación en Caen (“a Chaem fu petiz portez/ illoques fui a

de principios del siglo XIII tienden a mostrar al historiador en movimiento. Asistimos así a un cambio significativo del predominio del yo poético al yo del viajero. Tomemos como ejemplo a Villehardouin, que se describe a sí mismo en tercera persona como uno de los muchos cruzados que tomaron la cruz en Champaña:

Aquellos en el dominio del conde Teobaldo que siguieron su ejemplo fueron Garnier, obispo de Troyes, el conde Gualterio de Brienne, Geoffrey de Joinville, senescal de Champaña, y su hermano Robert [...], Geoffrey de Villehardouin, mariscal de Champaña, y su sobrino Geoffrey. [...], y muchos otros hombres valientes y dignos cuyos nombres no están registrados aquí. (Villehardouin, 1963: 29-30).

Lo volvemos a ver más tarde como uno de los seis emisarios enviados por los cruzados a Venecia para pedir ayuda y conseguir barcos de la Serenísima República:

De los emisarios elegidos, dos fueron nombrados por Teobaldo, conde de Champaña y de Brie; dos por el conde Balduino de Flandes y de Hainaut; dos por el conde Luis de Blois. Los emisarios del conde Teobaldo fueron Geoffrey de Villehardouin, mariscal de Champaña, y Milon le Bréban [...]. (31)

A partir de aquí, la carrera de Villehardouin (como caballero y embajador, e *ipso facto* como viajero) cobra verdadero impulso. Después de escuchar las condiciones planteadas por el dogo veneciano, los emisarios regresan para celebrar consultas y luego retornan a Venecia. Tras la muerte de Teobaldo de Champaña, líder del ejército cruzado y *suzerain* del historiador, Villehardouin ayudó a elegir a Bonifacio de Montferrato como nuevo líder de la cruzada. Aunque Villehardouin no menciona esto en la crónica, apoyó el desvío de la cruzada de Tierra Santa a Zara (la actual Zadar, Croacia) y más tarde a Constantinopla. Antes del arribo a Zadar, Villehardouin describe brevemente los preparativos logísticos para el asedio:

Había llegado el momento de que los barones asignaran los barcos de guerra y los transportes a sus distintos comandantes. ¡Cielos! ¡Qué hermosos y fuertes caballos de guerra fueron puestos bajo cubierta! [...] Los barcos de guerra, les puedo asegurar, llevaban más de trescientos petrarías y mangoneles, así como un suministro abundante de todos los dispositivos mecánicos necesarios para tomar una ciudad. (46)

También en Zadar, el testigo Villehardouin observa “los altos muros y las elevadas torres”. Posteriormente, en Constantinopla, actúa como embajador ante Isaac II Ángelo y forma parte de la embajada que exige el nombramiento de Alejo IV como coemperador.

letres mis”), luego se mudó a Francia por un tiempo. Cuando regresó a Caen, comenzó a escribir en lengua vernácula (“de romanz faire m’entremis”) y finalmente se convirtió en un prolífico escritor (“mult en escris e mult en fis”, Wace, 1971: II, 84, vv. 5305-5312). Véase Bratu, 2019: 552-564.

Villehardouin describe varias de sus embajadas, en compañía de otros negociadores como Conon de Béthune y Milon le Bréban. Téngase en cuenta, sin embargo, que Villehardouin, el caballero, embajador y viajero, nunca olvida su papel de testigo ocular. Esta es la reacción de Villehardouin cuando el ejército cruzado llega a Constantinopla:

Puedo asegurarles que todos aquellos que nunca antes habían visto Constantinopla contemplaron muy fijamente la ciudad, sin haber imaginado jamás que pudiera existir un lugar tan hermoso en todo el mundo. Observaron los altos muros y las elevadas torres que la rodeaban, y sus ricos palacios y altas iglesias, de los cuales había tantos que nadie habría creído que fuera cierto si no lo hubiera visto con sus propios ojos y visto a lo largo y ancho de esa ciudad que reina suprema sobre todas las demás. De hecho, no había hombre tan valiente y atrevido cuya carne no se estremeciera al verla. (58-59)

Hasta el momento, Villehardouin como narrador se centraba, casi como los narradores de las *chansons de geste*, en los aspectos militares y ocasionalmente logísticos de la cruzada. Pero después de la llegada de los cruzados a Constantinopla, el testigo observador no puede dejar de fijarse en diversos aspectos de la ciudad, como la vestimenta de las damas (74) o la gran cantidad de reliquias que se pueden encontrar en Bizancio (76). Sin embargo, a diferencia de los narradores de *chansons de geste*, Villehardouin está bastante dispuesto a señalar su condición de testigo ocular en varios puntos de la narración, como en el caso de este incidente entre bizantinos y venecianos:

Geoffrey de Villehardouin, que compuso esta crónica y fue testigo ocular del incidente, afirma que ningún hombre se defendió jamás en el mar con más valentía que los venecianos aquella noche. (83)

Tras la conquista de Constantinopla en 1204, sirvió como líder militar y, en 1205, suspendió el asedio de Adrianópolis (la actual Edirne, Turquía) y dirigió la retirada tras la captura del emperador Balduino I. Luego vemos al mariscal en acción nuevamente, en una misión para relevar y liberar a Renier de Trit. En reconocimiento a estos y muchos otros servicios, Bonifacio de Montferrato dio a Villehardouin dos feudos para elegir:

Posteriormente, el marqués ofreció a Geoffrey de Villehardouin, mariscal de Rumania y de Champaña, la posibilidad de elegir entre dos ciudades: Mosinópolis, con todas sus dependencias, o Serres (la que prefiriera) para mantenerla como propia. Así, el mariscal se convirtió en vasallo del marqués, pero sin perjuicio de la lealtad que debía al emperador de Constantinopla. (159)

De forma por demás interesante, al final de la crónica, Villehardouin el viajero se convierte en un señor “local” en el antiguo territorio bizantino controlado por los cruzados. La crónica termina abruptamente tras la muerte de Bonifacio de Montferrato, *suzerain* de Villehardouin.

El texto de Villehardouin es importante por muchas razones. Ya he analizado el paso a principios del siglo XIII de la compilación a la historiografía de testigos oculares y sus efectos en la imagen del narrador. Desde un punto de vista genérico, también hay un cambio interesante desde la escritura de Historia hacia un tipo de narrativa que también incorpora una cantidad ligeramente mayor de información (en comparación con otros géneros, como las *chansons de geste*) sobre la geografía y la cultura de los lugares visitados en el camino. Además, “vemos” estos lugares a través del lente del viajero más que a través de la perspectiva de un narrador anónimo e impersonal. Es cierto, sin embargo, que la crónica de Villehardouin no constituye una escritura de viajes *per se*. Es evidente que el mariscal de Champaña fue a Zadar y luego a Constantinopla por negocios más que por esparcimiento y, en términos cuantitativos, las descripciones que proporciona sólo representan un pequeño porcentaje del texto total.

Su contemporáneo, Roberto de Clari, habiendo desempeñado un papel jerárquico menor en la cuarta cruzada, parece haber tenido más tiempo para observar las maravillas de Constantinopla. Menciona muchos más lugares y edificios en Constantinopla que Villehardouin, tales como el puerto de Constantinopla, la torre de Gálata y el palacio Bucoleón, que describe con cierto detalle. Señala, por ejemplo, que

Dentro de este palacio, que estaba en manos del marqués, había quinientas salas, todas conectadas entre sí y todas hechas con mosaicos de oro. Y había en ella treinta capillas, grandes y pequeñas, y había una de ellas que se llamaba Santa Capilla, la cual era tan rica y noble que no tenía gozne ni moldura ni otra pieza de hierro como se suele hacer, sino que era todo de plata, y no había columna que no fuera de jaspe, o de pórfido, o de alguna otra rica piedra preciosa. Y el pavimento de esta capilla era de un mármol blanco tan liso y claro que parecía de cristal, y era esta capilla tan rica y tan noble, que jamás nadie podría decir su gran belleza y nobleza. Dentro de esta capilla se encontraron muchas reliquias valiosas. Se encontraron allí dos trozos de la Vera Cruz, tan anchos como la pierna de un hombre y tan largos como media toesa, y también se encontró allí el hierro de la lanza que abrió el costado de Nuestro Señor y dos de los clavos con los que fueron atravesados Sus manos y pies, y se encontró allí en un vial de cristal con un poco de Su sangre, y se encontró allí la túnica que vestía y que le fuera quitada cuando lo condujeron al Monte del Calvario, y se encontró allí la bendita corona con que fue coronado, la cual estaba hecha de juncos con espinas afiladas como puntas de dagas. Y se encontró allí una parte del manto de Nuestra Señora y la cabeza de mi señor San Juan Bautista y tantas otras ricas reliquias que no pude contároslas ni decirs toda la verdad. (Clari, 1936: 102-103)

También se detiene en la belleza de Santa Sofía y sus alrededores. Reproduciré este pasaje en su totalidad para resaltar la diferencia entre las descripciones presentes en el texto anterior y las que encontramos en la crónica de Clari:

Ahora os contaré sobre la iglesia de Santa Sofía, cómo fue hecha. Santa Sofía en griego significa *Sainte Trinité* [“Santísima Trinidad”] en francés [*sic*]. La iglesia de Santa Sofía era enteramente redonda, y dentro de la iglesia había cúpulas de forma redonda, sostenidas por grandes y muy ricas columnas, y no había columna que no fuera de jaspe o de pórfido o de alguna otra piedra preciosa, ni había una de estas columnas que no produjera curas. Había una que curaba las enfermedades de los riñones cuando se rozaba contra ella, y otra que curaba el mal de vientre y otras que curaban otros males. Y no había en esta iglesia puerta alguna, ni goznes ni molduras ni otras piezas de hierro como suelen ser, sino que no eran todas de plata. El altar mayor de la iglesia era tan rico que no tenía precio, porque la mesa del altar estaba hecha de oro y piedras preciosas, partidas y trituradas, todas juntas, que un rico emperador había mandado hacer. Esta mesa tenía catorce pies de largo. Alrededor del altar había columnas de plata que sostenían un dosel sobre el altar que estaba hecho exactamente como la aguja de una iglesia, y era todo de plata maciza y era tan rico que nadie podía decir cuánto dinero valía. El lugar donde leían el Evangelio era tan hermoso y noble que no podríamos describiros cómo se hizo. Luego, a lo largo de la iglesia colgaban cien candelabros, y no había ninguno que no colgase de una gran cadena de plata tan gruesa como el brazo de un hombre. Y en cada candelabro había veinticinco lámparas o más. Y no había lámpara que no valiera al menos doscientos marcos de plata. Del anillo de la puerta grande de la iglesia, que era todo de plata, colgaba un tubo, de qué material nadie sabía; era del tamaño de una flauta como la que tocan los pastores. Este tubo tenía tal virtud como os diré. Cuando un hombre enfermo que tenía alguna enfermedad en el cuerpo como hinchazón, de modo que se le hinchaba el vientre, se la metía en la boca, por poco que la metiera, cuando este tubo se asía, succionaba toda la enfermedad y hacía que el veneno saliera de su boca y lo tomaba tan rápido que hacía que sus ojos se pusieran en blanco y giraran en su cabeza, y no podía escapar hasta que el tubo succionara toda esta enfermedad fuera de él. Y cuanto más enfermo estaba un hombre, más tiempo lo retenía, y si un hombre que no estaba enfermo se lo metía en la boca, no lo retenía en absoluto, ni mucho ni poco.

Luego, frente a esta iglesia de Santa Sofía, había una gran columna que tenía tres veces el alcance de los brazos de un hombre en espesor y cincuenta toesas de altura. Estaba hecha de mármol y de cobre sobre el mármol y estaba sujeta con fuertes correas de hierro. Y encima de esta columna había una losa plana de piedra que tenía quince pies de largo y otros tantos de ancho. En esta piedra había un emperador hecho de cobre sobre un gran caballo de cobre, y extendía su mano hacia el paganismo, y había letras escritas en la estatua que decían que había jurado que nunca daría tregua a los sarracenos. Y en la otra mano sostenía un globo dorado con una cruz sobre él. Los griegos decían que se trataba del emperador Heraclio. Y en la grupa del caballo, en la cabeza y alrededor había diez nidos de garzas, que anidaban allí todos los años. (106-107)

Posteriormente, Clari también describe las iglesias de los Santos Apóstoles y de Nuestra Señora de Blaquerna, así como las impresionantes puertas de la ciudad, entre ellas la Puerta del Manto Dorado y la famosa Puerta Dorada. Es importante señalar que la descripción de

Constantinopla se extiende a lo largo de varias páginas. Muchas de las secciones de esta parte de la crónica comienzan con una fórmula como “Ahora en otra parte de la ciudad había otra maravilla” (108), y podemos imaginar a Clari, un pobre caballero de Picardía, deslumbrándose con las maravillas de la ciudad más grande y rica que probablemente había visto en su vida. Por tanto, la obra de Clari se parece mucho más a una narración de viajes que la de Villehardouin y, dada la cantidad, extensión y profundidad de las descripciones incluidas en sus crónicas, podría considerarse una de las primeras narraciones de viajes en francés antiguo. En estos pasajes descriptivos, el yo/ojo del viajero se aleja del camino trillado de la narración histórica y se permite el ocio de explorar las maravillas de un mundo hasta entonces desconocido.

Téngase en cuenta, sin embargo, que muchas de estas observaciones e impresiones personales están narradas a través del lente de un narrador que de alguna manera suena impersonal. Clari y Villehardouin, como narradores, a menudo se dirigen a la audiencia a través de frases formuladas como “[ahora] os lo diré” o “No podría contároslo ni deciros toda la verdad”. Además, cuando hablan de sí mismos como personajes, siempre se describen en tercera persona (ver Spiegel, 1993). Muchos escritores del siglo XIII utilizan este sistema dual de autorreferencia, tanto en primera como en tercera persona, aunque hay tímidos signos de cambio hacia mediados del siglo XIII. Felipe de Novara, por ejemplo, fue un escritor y jurista del Piamonte que, como otros escritores de la península itálica de la época, escribía en francés (Novare, 1913). Aunque es un hecho conocido que redactara una “autobiografía”, no sabemos exactamente cómo se describió porque de este texto sólo queda un fragmento sobre los años 1223–1224 que fue incorporado en los párrafos 82–92 de las *Gestes des Chiprois* (*Gestes des Chiprois*, 1887). Quizás irónicamente su obra histórica, conocida como *Estoire et le droit conte de la guerre qui fu entre l'empereor Federic et messire Johan de Ybelin* y centrada en los años 1218–1243 (correspondiente a los §§97–229 de las *Gestes*), contiene más información sobre Novara. En este texto, al igual que sus predecesores, el escritor se refiere a sí mismo en tercera persona como personaje pero habla en primera persona como narrador. Es de destacar su figura polifacética: viajero y testigo presencial (“Felipe de Novara, que estuvo presente en todos los acontecimientos y consejos”, Novare, 1913: 5), embajador, negociador, soldado y poeta de talento (Bratu, 2019: 402–409). Encontramos un sistema dual similar en los textos de otro escritor peninsular cuya obra fue compuesta por primera vez en francés a finales del siglo XIII y principios del XIV, el mucho más famoso Marco Polo, una narrativa tan conocida que no necesitamos detenernos demasiado en ella.⁸ La diferencia notable entre las obras de Felipe de Novara y Polo es que en el caso

⁸ Marco Polo fue encarcelado en Génova en 1298 y liberado en agosto de 1299. El manuscrito B4 (BNF fr. 5649) se completó en agosto de 1307 (Polo, 1998: 48). Por lo tanto, el *Devisement* probablemente se compuso en algún momento entre 1298 y 1307.

de este último sabemos que “su” texto fue compuesto por otra persona, Rustichello de Pisa. Esto explica perfectamente por qué el narrador del *Devisement du monde* habla o escribe en primera persona (Polo, 1998: 66, 72, 74, 76, 78, 80, 90, 94, 96, 110, 112), pero Marco Polo, el personaje, siempre se retrata en tercera (Polo, 1998: 48, 50, 96, 108, 148, 308, 336). Sólo en un pasaje el narrador sugiere que el explorador veneciano es la fuente de toda la narración (“Marc Pol, qui tout ce raconte”, Polo 1998, 256), aunque, de hecho, es seguro asumir que Rustichello editó el texto como mejor le parecía. Por eso el *Devisement* parece mucho más una biografía en tercera persona que una autobiografía, incluso más que el texto de Felipe de Novara. No obstante ello, la cantidad y profundidad de las descripciones de todos los lugares vistos por Marco Polo en el camino desde Venecia a Janbalic (la actual Beijing, China) y más allá no tienen par en la literatura de la época (Polo, 1998).⁹

Un cambio importante en la aparición del “yo” del viajero se produce a finales del siglo XIII y principios del XIV en la *Vida de San Luis* de Jean de Joinville, un cruzado devenido historiador que acompañó y luchó junto al rey Luis IX de Francia durante la sexta cruzada.¹⁰ Aunque se suponía que su obra se centraría en la vida del santo rey francés, cuya canonización la narrativa de Joinville pretendía apoyar, Joinville se toma la libertad de escribir sobre el nacimiento de su hijo, seguido de su propia partida a la cruzada:

En Pascua, en el año de Nuestro Señor de 1248, convoqué a mis hombres y a todos los que poseían feudos míos a Joinville. La víspera de Pascua, cuando habían llegado todas las personas que había convocado, me nació mi hijo, Juan, señor de Ancerville, de mi primera esposa, que era hermana del conde de Grandpré. Dimos un festín y bailamos toda esa semana. Mi hermano, el señor de Vaucouleurs y otros hombres ricos y de posición que estaban presentes, ofrecieron cada uno un banquete uno tras otro, el lunes de Pascua y los tres días siguientes.

El viernes les dije: “Amigos míos, pronto me iré al extranjero y no sé si volveré algún día. Así que se presente cualquiera de vosotros que tenga un reclamo contra mí. Si os he hecho algún mal, os lo repararé a cada uno de vosotros por turno, como solía hacer con aquellos que tenían alguna exigencia que hacerme a mí o a mi pueblo”. [...]

Puedo aseguraros que el día que salí de nuestro país para ir a Tierra Santa, tenía en mi poder, ya que mi señora madre aún vivía, una renta de mis propiedades que no pasaba de mil *livres*. De todos modos fui y llevé conmigo nueve caballeros y dos abanderados además de mí. (Joinville, 1963: 192)

⁹ En el siglo XIV apareció una versión abreviada en aragonés del texto de Polo (San Lorenzo de El Escorial, Real Biblioteca del Monasterio, Z-I-2, ff. 58-10). Una edición española fue publicada por Rodrigo Fernández de Santaella en 1502 (Institución Colombina, Sevilla, 11). Para una edición moderna de esta última obra, véase Polo, 1987.

¹⁰ El texto fue compuesto entre finales del siglo XIII y principios del siglo XIII y completado alrededor de 1309.

Este extenso pasaje centrado en Joinville es importante al menos por dos razones. En primer lugar, continúa la tendencia iniciada por Villehardouin al consolidar la llegada de un historiador que, lejos de contentarse con el estatus de personaje secundario de su propia narrativa, se convierte en personaje principal (en el caso de Joinville, junto al rey francés; véase también Bratu, 2019, 409–418). Esta tendencia será fundamental en el desarrollo de la literatura de viajes en francés, como cierto grado de *autonomía (intra)diegética* —en el sentido de que el escritor viajero como personaje necesita desempeñar un papel central en la narrativa, o al menos no depender enteramente de una (otra) figura central—, es un elemento esencial para el narrador itinerante. Más adelante en la narración, Joinville hace todo lo posible por mantener el foco de la historia en el rey francés y la cruzada, pero su mirada se desvía de ese camino de vez en cuando, como cuando les relata a los lectores sobre el viaje a Chipre (195–200), la llegada a Egipto (201–205), el Nilo (211–212), el Viejo de la Montaña, las costumbres y creencias de los beduinos, los tártaros y un miríada de otras anécdotas inspiradas en sus propias vivencias como viajero al Medio Oriente.¹¹

En segundo lugar, Joinville es esencial para el advenimiento del “yo” como pronombre unificado para el escritor como narrador, testigo ocular y personaje de su propia historia (Bratu, 2019: 608–617). En el prólogo, dedicado a Luis X de Francia, el narrador Joinville explica las circunstancias que lo llevaron a componer este libro:

Mi querido señor, aprovecho para comunicaros que nuestra Señora, la Reina vuestra madre —que Dios le conceda su gracia— me rogó muy encarecidamente que le escribiera un libro que contuviera las piadosas palabras y las buenas obras de nuestro Rey, San Luis. Le prometí que lo haría y ya he completado el libro, el cual he dividido en dos partes. La primera parte relata cómo, en todas las ocasiones, el rey Luis gobernó su vida de acuerdo a la voluntad de Dios y las leyes de la Santa Iglesia, así como también para el bien de su reino. La segunda parte habla de su excepcional valor y sus grandes hazañas de armas. (Joinville, 1963: 163)

No sabemos si Joinville escribió el libro solo o reclutó a un escriba (o escribas), pero en este pasaje claramente intenta adoptar una pose de autor. Es más, se describe a sí mismo como un personaje en primera persona. Tomemos, por ejemplo, este intrigante episodio:

Nosotros mismos tuvimos una experiencia muy extraña mientras estábamos en el mar. Una tarde, alrededor de la hora de víspera, mientras navegábamos por la costa de Berbería, llegamos a una montaña con forma exacta de cuenco. Navegamos toda la noche y calculamos que habíamos recorrido más de cincuenta millas; pero cuando llegó la mañana nos encontramos nuevamente junto a esa misma montaña. Precisamente lo mismo sucedió otras dos o tres veces. (196)

¹¹ La obra de Joinville fue traducida al español por Francisco de Guzmán en 1567, como *Chronica y vida del rey sant Luis de Francia, nieto del rey don Alonso onzeno de Castilla*. Para una traducción moderna, véase Joinville, 2021.

En esta travesía, el barco de Joinville no avanza o regresa repetidamente a la misma posición, posiblemente debido a las corrientes adversas del Mediterráneo. Cabe imaginar cómo esta situación podría intrigar a un caballero acostumbrado a viajar a caballo. Un sacerdote que estaba a bordo sugirió que una procesión religiosa podría ayudar, y los marineros procedieron a marchar solemnemente alrededor de los dos mástiles del barco. En este punto, Joinville añade un breve pasaje sobre sí mismo: “Me sentía muy mal en ese momento, así que pedí a algunos hombres que me llevaran en brazos. Nunca volvimos a ver esa montaña, y el tercer sábado llegamos a Chipre” (197).

Antes de Joinville, los escritores franceses como Roberto de Clari, Geoffrey de Villehardouin y Felipe de Novara tendían a hablar en primera persona como narradores y a escribir sobre sí mismos en tercera persona como personajes, posiblemente porque alguien más los había ayudado a compilar la narrativa y esto hacía que la narrativa sonara más neutral u “objetiva”. El advenimiento de este “yo” unificador de las figuras del narrador y del personaje es uno de los elementos cruciales de los que carecía hasta el momento la naciente literatura de viajes francesa. Recuérdese que en el ciclo de las cruzadas y otras epopeyas contemporáneas, e incluso en las obras de Clari y Villehardouin, el narrador parecía contar siempre la historia de otra persona, más que la suya propia. Después de Joinville, el escritor itinerante podrá asumir toda la responsabilidad y el crédito de su propia narrativa y describir sus propios viajes.¹²

Desarrollos tardomedievales

La emergencia del “yo” en la obra de Joinville es sólo uno de los muchos cambios significativos que se produjeron en los siglos XIII y XIV y que alterarán considerablemente la literatura de viajes francesa durante el otoño de la Edad Media. En el nivel militar y político, las cruzadas continuaron atrayendo caballeros –y escritores– a Medio Oriente. Sólo en el siglo XIII se dieron no menos de cinco grandes cruzadas: la cuarta (1202-1204), la quinta (1217-1221), la sexta (1228-1229), la séptima (1248-1254) y la octava (1270), a la que podríamos agregar algunas expediciones más pequeñas, como la cruzada albigense (1209-1229), la cruzada de los barones (1239-1241) y la novena (1271-1272). Por supuesto, no todos estos eventos atrajeron a caballeros de habla francesa a Medio Oriente, pero el gran número de cruzadas generó una importante cantidad de viajes e, implícitamente, numerosos textos que recordaban diversos aspectos de la experiencia cruzada.

¹² Para un análisis más profundo de los pronombres utilizados por los escritores medievales, véase Marnette, 1998; Bratu, 2019: 339-352.

Además de las cruzadas, una serie de invasiones mongolas, aproximadamente desde la batalla del río Kalka (1223) hasta las incursiones en Europa central (1241), generaron un interés considerable en las áreas más allá de Tierra Santa y Anatolia (ver Roux, 1993; Aigle, 2014). Por esta época, varios embajadores y misioneros europeos, como André de Longjumeau, Ascelino, Simón de San Quintín, Giovanni da Pian del Carpine y Guillermo de Rubruck, comenzaron a cruzar las estepas euroasiáticas, Anatolia o Tierra Santa en ruta hacia Asia central y el Lejano Oriente (véase Roux, 1961). Algunos de estos emisarios escribieron informes sobre sus encuentros con los mongoles o, como fue el caso de Pian del Carpine y Guillermo de Rubruck, relatos más elaborados, todos ellos en latín. Precisamente en el contexto de un mayor interés por estas zonas más remotas del mundo se produjeron los viajes de Marco Polo por Asia entre 1271 y 1295. Por último, no debemos olvidar la cantidad de viajes provocados por otros acontecimientos políticos. El tercer libro de las *Crónicas* de Froissart, escrito en el siglo XIV, es esencialmente una narración del viaje a Bearn de este historiador clerical, así como una indagación histórica sobre el desarrollo de la Guerra de los Cien Años en el sur de Francia y sobre historia de la familia del príncipe Gaston Phébus (Froissart, 2004). En el siglo XV, las *Memorias* de Philippe de Commines también mezclan narrativa histórica, personal y de viajes. Destacan, por ejemplo, sus impresiones de Venecia (Commines, 2001).

Este es el contexto histórico en el que la literatura de viajes francesa se desarrollará y alcanzará cierta madurez hacia finales de la Edad Media. En el siglo XIII, como se mencionó, tenemos el texto seminal de Marco Polo. Pero es en los siglos XIV y XV cuando la literatura de viajes francesa realmente despegó, con textos como *Saint voyage de Jherusalem* de Ogier de Anglure (1878), *Voyage d'outremer en Jherusalem* de Nompars de Caumont (1975), *Voyages et ambassades* de Guillebert de Lannoy (1840), *Description du voiaige de la Terre Sainte* de Jean de Tournai (2017) y *Voyage d'Outremer* de Bertrandon de la Broquière (1892), así como algunos otros escritores como Eustache de la Fosse y Georges Lengherand.

Muchos de los autores de estos textos tienen tres aspectos principales en común: un narrador fuerte, así como un apetito por la descripción y el detalle (la cantidad de detalles varía de un texto a otro, aunque es más significativa que en los textos históricos mencionados). El tercer denominador común de la mayoría de estos textos es que todos toman prestado en gran medida de la escritura de la Historia en términos de estilo y organización general de la narrativa. Por ejemplo, Ogier de Anglure registra meticulosamente las distintas etapas de sus viajes desde su Francia natal hasta Jerusalén y Egipto y de regreso a Europa, casi como un cronista. Al comienzo de su narración, por ejemplo, escribe que él y sus hombres salieron de Anglure el 16 de julio de 1395 (“Et premiers, nous partismes ‘Angleure sur Aulbe le .xvje. jour du mois de juillet l’a[n] mil .iiijc. .iiijxx. et .xv.”, Anglure, 1878: 1), llegaron a Pavía el sábado 31 de julio, salieron de dicha ciudad el 3 de agosto, llegaron a Venecia el 9 de

agosto y luego a Padua el 13 de agosto. Ogier estuvo en Rodas el 19 de septiembre y llegó a Jerusalén el 4 de octubre. Los lugares que él y sus compañeros visitaron están registrados casi como en un inventario o en un documento notarial, con notas sobre los principales acontecimientos bíblicos ocurridos en esos lugares. En otras ocasiones, Ogier también se toma el tiempo de describir las calles y los edificios de Jerusalén, así como los usos y las costumbres de los lugareños (Anglure, 1878: 40-41). El 6 de noviembre llegó al monasterio de Santa Catalina en el Sinaí, que describe con detalle. Posteriormente partió hacia Chipre, llegó a Limasol el 26 de diciembre y luego navegó hacia Rodas, a donde llegó el 23 de enero del año siguiente. Señala que salió de Rodas el 9 de abril de 1396, rumbo a Venecia, de donde partió el 29 de mayo, y llegó a su casa en Anglure el 22 de junio de 1396.

El narrador Nompar de Caumont se presenta aún con más fuerza en su texto, ya que su nombre aparece regularmente en momentos importantes de la narrativa. Su libro tiene varios pasajes introductorios en los que el autor se dirige a la audiencia de manera casi notarial, afirmando que él, “Señor de Caumont y Chastel Nuef”, viajó a Jerusalén y al río Jordán, y que el presente libro registra sus viajes (“C’est le livre que je, le seigneur de Caumont et de Chastel Nuef ay fayt ou voyatge d’oultre mer en Jherusalem et du fleuve Jourdeyn”, Caumont, 1975: 10). Al igual que Ogier de Anglure, registra cuidadosamente su salida de su ciudad natal, ocurrida el 27 de febrero de 1418. Luego consigna todas sus paradas (y en algunos casos las fechas correspondientes) a lo largo del camino: Gascuña, Languedoc, condado de Foix, Cataluña, Barcelona (21 de marzo de 1419), Cerdeña, Sicilia, las Cícladas, Creta, Rodas (llegó allí el día de la fiesta del Corpus Christi), Jaffa (28 de junio de 1419), Jerusalén y sus alrededores (donde permaneció hasta el 17 de julio). Sus descripciones de los distintos lugares que visitó son, como las de Ogier de Anglure, bastante breves, pero dado que intentó describir casi todos los lugares, con especial énfasis en los lugares de Tierra Santa, el número total de descripciones en este texto es bastante significativo. Nompar de Caumont salió de Tierra Santa hacia Chipre el 20 de julio y llegó a Caumont el 14 de abril de 1420; señala que ha viajado durante un año, un mes y quince días (“au quell voyatge complir je demouray ung an ung moys et xv jours”, 79).¹³

Por lo tanto, creo que podemos argumentar con seguridad que la mayoría de estos textos se basan en una herencia historiográfica sin la cual la literatura de viajes francesa no habría sido la misma, o tal vez no se habría desarrollado en absoluto. Además, la evidencia aportada en las páginas anteriores invalida la sorprendente afirmación de Wolfzettel de que el período medieval no produjo ninguna narrativa de viajes real (“cette époque ne connaît pas de récit de voyage proprement dit”, Wolfzettel, 1996: 9). Como he mostrado, la Edad Media fue de hecho el laboratorio literario en el que se produjeron las primeras narraciones

¹³ Otros escritores, como Bertrandon de la Broquière (1892), son algo menos escrupulosos en cuanto a las fechas, pero ofrecen descripciones más generosas de los lugares que visitaron.

de viajes francesas: al principio gracias a las cruzadas y al continuo celo religioso que llevó a innumerables peregrinos a y desde Tierra Santa, luego a viajes al Medio y Lejano Oriente provocados por la invasión mongola, así como a otros acontecimientos políticos que se desarrollan en Europa.

Conclusión

Nuestra propia incursión en la escritura de la Historia y la escritura de viajes francesas está llegando a su fin y es momento de sacar algunas conclusiones. Un primer corolario es que, debido a la fluidez de los géneros medievales, la escritura de la Historia francesa medieval a menudo abarcaba material de naturaleza marginal o apenas histórica, como la poesía, la teología, el comentario social y también lo que yo llamé *narrativas de viajes tempranas*. De hecho, sostengo que los relatos de viajes de testigos oculares (a diferencia de los míticos o místicos) en francés surgieron dentro de la escritura de Historia de los cruzados. También esboqué el desarrollo de las primeras narrativas de viajes, desde las descripciones relativamente tímidas de lugares y personas en el ciclo de las cruzadas hasta los textos más detallados y descriptivos producidos en los siglos XIII y XIV, y también analicé brevemente algunos textos de finales de la Edad Media. En segundo lugar, los viajes fueron otro importante impulso para la autoafirmación de los historiadores medievales; proporcionaron a los historiadores cierta libertad narrativa que tal vez los haya inspirado a dejar de narrar exclusivamente la H/historia de otra persona y cambiar el enfoque –breve o extensamente, según el caso– hacia el yo del viajero. Al hacerlo, los escritores itinerantes abandonaron el “ideal” de principios del siglo XIII de la historia impersonal y comenzaron a practicar un tipo de escritura mucho más personal, que abrió el camino para el surgimiento tanto de las memorias como de los escritos de viajes en primera persona. Estos dos cambios, de descripciones mínimas a descripciones detalladas, y de narradores impersonales a narradores más asertivos, se produjeron de manera gradual y no teleológica. Más importante aún, contribuyeron decisivamente al surgimiento de la literatura de viajes en lengua francesa, que luego florecerá bajo las plumas de escritores como Jean de Léry, Alexandre-Olivier Exmelin, Louis-Antoine de Bougainville, Chateaubriand y otros.

Traducción: Alejandro Morin y Ana Basarte

Bibliografía

- Aigle, Denise (2014) *The Mongol Empire between Myth and Reality. Studies in Anthropological History*, Leiden: Brill.
- Allen, Rosamund (ed.) (2004) *Eastward Bound: Travel and Travellers, 1050-1550*, Manchester University Press.
- André, Jean-Marie, y Marie-Françoise Baslez (1993) *Voyager dans l'Antiquité*, París: Fayard.
- Anglure, Ogier d' (1878) *Le saint voyage de Jherusalem du seigneur d'Anglure*, François Bonnardot y Auguste Longnon (eds.), París: Firmin Didot.
- Aurell, Jaume (2012) *Authoring the Past: History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*, University of Chicago Press.
- Bale, Anthony (ed.) (2018) *The Cambridge Companion to the Literature of the Crusades*, Cambridge University Press.
- Balestracci, Duccio (2008) *Terre ignote, strana gente: Storie di viaggiatori medievali*, Bari: Laterza.
- Barthes, Roland (1953) *Le degré zéro de l'écriture*, París: Seuil [versión en castellano: Nicolás Rosa (trad.) (2011) *El grado cero de la escritura, seguido de Nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina].
- _____ (1968) "La mort de l'auteur", *Manteia* 5, 12-17 [versión en castellano: C. Fernández Medrano (trad.) (1987) *El susurro del lenguaje*, Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós, 65-72].
- Le Bâtard de Bouillon: chanson de geste* (1972) Robert Francis Cook (ed.), Ginebra: Droz.
- Benedeit, (2014) *The Anglo-Norman Voyage of Brendan*, J.S. Mackley (ed. y trad.), Northampton: Isengrin Publishing [versión en castellano: Marie José Lemarchand (trad.) (1983) *El viaje de San Brandán*, Madrid: Siruela].
- Bennett, Andrew (2005) *The Author*, Londres: Routledge.
- Broquière, Bertrand de la (1892). *Le voyage d'Outremer de Bertrandon de la Broquière*, París: Ernest Leroux.
- Burke, Sean (1992) *The Death and Return of the Author: Criticism and Subjectivity in Barthes, Foucault and Derrida*, Edinburgh University Press.
- Calame, Claude, y Roger Chartier (eds.) (2004) *Identités d'auteur dans l'Antiquité et la tradition européenne*, Grenoble: J. Million.
- Caumont, Nompard de (1975) *Le voyage d'Outremer en Jherusalem*, Oxford: Blackwell.
- Cerquiglini, Bernard (1989) *Éloge de la variante: histoire critique de la philologie*, París: Seuil.
- La Chanson d'Antioche* (1848) Paulin Paris (ed.), 2 vols., París: J. Techener.
- The Chanson des Chétifs and Chanson de Jérusalem. Completing the Central Trilogy of the Old French Crusade Cycle* (1996) Carol Sweetenham (ed. y trad.), Farnham, Surrey (Reino Unido): Ashgate.

- La Chanson de Roland* (2003) Cesare Segre (ed.), Ginebra: Droz [versión en castellano: Martín de Riquer (ed.) (1960) *El cantar de Roldán. Traducción del texto francés del siglo XII del manuscrito de Oxford*, Madrid: Espasa-Calpe].
- Chareyron, Nicole (2013) *Ethique et esthétique du récit de voyage à la fin du Moyen Âge*. París: Honoré Champion.
- Clari, Robert (1936) *The Conquest of Constantinople*, Edgar Holmes McNeal (ed. y trad.), Nueva York: Columbia University Press.
- Commynes, Philippe de (2001) *Mémoires*, Michel Quereuil (ed.), París: Librairie Générale Française.
- Contat, M. (ed.) (1991) *L'Auteur et le manuscrit*, París: Presses Universitaires de France.
- Coulon, Damien y Christine Gadrat-Ouerfelli (2017) *Le voyage au Moyen Âge: Le temps de l'histoire*, Aix-en-Provence: Presses Universitaires de Provence.
- Couturier, Maurice (1995) *La Figure de l'auteur*. París: Seuil.
- Diu, Isabelle y Elisabeth Parinet (2013) *Histoire des auteurs*, París: Seuil.
- Ernoul y Bernard le Trésorier (1871) *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Trésorier, publiée, pour la première fois, d'après les manuscrits de Bruxelles, de Paris et de Berne, avec un essai de classification des continuateurs de Guillaume de Tyr*, M. L. de Mas Latrie (ed.), París: Renouard.
- L'estoire de la guerre sainte* (2014) Catherine Croizy-Naquet (ed.), París: Champion (Les classiques français du Moyen Âge, 174).
- Fantosme, Jordan (1840) *Chronicle of the War between the English and the Scots in 1173 and 1174*, Francisque Michel (ed. y trad.), Londres: J. B. Nichols and Son.
- Foucault, Michel (1994) *Dits et écrits: 1954-1988*, Daniel Defert y François Ewald (eds.), París: Gallimard.
- Froissart, Jean (2004) *Chroniques. Livre III (du Voyage en Béarn à la campagne de Gascogne) et Livre IV (1389-1400)*, Peter F. Ainsworth y Alberto Varvaro (eds.), París: Librairie Générale Française.
- Gaimar, Geffrei (2009) *Estoire des Engleis/History of the English*, Ian Short (ed. y trad.), Oxford University Press.
- Les gestes des Chiprois. Recueil de chroniques françaises écrites en Orient aux XIII^e et XIV^e siècles (Philippe de Navarre et Gérard de Montréal)* (1887) Gaston Raynaud (ed.), Ginebra: Fick (Publications de la Société de l'Orient latin. Série historique, 5).
- Greene, Virginie (ed.) (2006) *The Medieval Author in Medieval French Literature*, Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Joinville y Villehardouin (1963) *Chronicles of the Crusades*, M. R. B. Shaw (ed. y trad.), Londres: Penguin Books [versión en castellano del texto de Joinville: Martín Alvira Cabrer (ed.) (2021) *Vida de San Luis*, Cáceres: Universidad de Extremadura].

- Kamuf, Peggy (1988) *Signature Pieces: On the Institution of Authorship*, Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Kimmelman, Burt (1996) *The Poetics of Authorship in the Later Middle Ages: The Emergence of the Modern Literary Persona*, Nueva York: Peter Lang.
- Jannidis, Fotis (1999) *Rückkehr des Autors. Zur Erneuerung eines umstrittenen Begriffs*, Tubinga: Niemeyer.
- Lannoy, Guillebert de (1840) *Voyages et ambassades de Messire Guillebert de Lannoy (1399-1450)*, Mons: Typographie Hoyois.
- Legassie, Shayne Aaron (2017) *The Medieval Invention of Travel*, Chicago University Press.
- Marnette, Sophie (1998) *Narrateur et points de vue dans la littérature française médiévale: une approche linguistique*, Berna-Nueva York: P. Lang.
- Novare, Philippe de (1913) *Mémoires. 1218-1243*, Charles Kohler (ed.), París: Honoré Champion.
- Oster, Daniel (1997) *L'individu littéraire*, París: Presses Universitaires de France.
- Parsons, Simon Thomas, y Linda Paterson (eds.) (2018) *Literature of the Crusades*, Cambridge: D.S. Brewer.
- Péron, Pascal (2008) *Les Croisés en Orient. La représentation de l'espace dans le Cycle de la Croisade*, París: Honoré Champion.
- Polo, Marco (1998) *La description du monde*, Pierre-Yves Badel (ed. y trad.), París: Librairie Générale Française [versión en castellano: Juan Gil (ed.) (1987) *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón; El libro de Marco Polo, versión de Rodrigo de Santaella*, Madrid: Alianza].
- Richard, Jean (1996) *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout: Brepols.
- Roux, Jean-Paul (1961) *Les explorateurs au Moyen Âge*, París: Seuil.
- _____ (1993) *Histoire de l'Empire mongol*, París: Fayard.
- Rubio Tovar, Joaquín (1986) *Libros españoles de viajes medievales: selección*, Madrid: Taurus.
- Sainte-Maure, Benoît de (2017) *The Roman de Troie by Benoît de Sainte-Maure*, Glyn S. Burgess y Douglas Kelly (eds.), Woodbridge, Suffolk (Reino Unido): D.S. Brewer.
- Saladin: suite et fin du deuxième Cycle de la Croisade* (1972) Larry S. Crist (ed.), Ginebra: Droz.
- Spearing, Anthony Colin (2005) *Textual Subjectivity: The Encoding of Subjectivity in Medieval Narratives and Lyrics*, Oxford University Press.
- Spiegel, Gabrielle (1993) *Romancing the Past: The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France*, Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- Svátek, Jaroslav (2021) *Prier, combattre et voir le monde: Discours et récits de nobles voyageurs à la fin du Moyen Âge*, Presses Universitaires de Rennes.

- Tournai, Jean de (2017) *Le récit des voyages et pèlerinages de Jean de Tournai (1488-1489)*, Paris: CNRS Editions.
- Trotter, David (1988) *Medieval French Literature and the Crusades (1100-1300)*, Ginebra: Droz.
- Verdon, Jean (1998) *Voyager au Moyen Âge*, Paris: Perrin.
- Le Voyage de Charlemagne a Jerusalem et a Constantinople* (1965) Paul Aebischer (ed.), Ginebra: Droz.
- Wace (1970-1973) *Le Roman de Rou*, Anthony Holden (ed.), 3 vols, Paris: A. & J. Picard.
- Wolfzettel, Friedrich (1996) *Le discours du voyageur: Pour une histoire littéraire du récit de voyage en France, du Moyen Age au XVIII^e siècle*, Paris: Presses Universitaires de France.
- Zink, Michel (1985) *La Subjectivité littéraire: autour du siècle de Saint Louis*, Paris: Presses Universitaires de France.
- Zumthor, Paul (1972) *Essai de poétique médiévale*, Paris: Seuil.
- _____ (1975) *Langue, texte, énigme*, Paris: Seuil.